Historia del bienaventurado San Amaro

Madrid

[1893?]

(DOS PLIEGOS.)



HISTORIA

DEL

BIENAVENTURADO SAN AMARO

CON EL MARTIRIO

DE SANTA LUCÍA

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 12.


ES PROPIEDAD

HISTORIA

DE

SAN AMARO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la patria del bienaventurado San Amaro; santos ejercicios en que se ocupaba; deseos que siempre tuvo de ver el Paraiso Terrenal, y como una voz le avisó de lo que debia de hacer para conseguirlo, y lo que le aconteció en unas islas desconocidas.

En una de las mayores ciudades del Asia habia un noble y poderoso mancebo llamado Amaro, cuyo nombre le fué puesto por revelacion del cielo, el cual era temeroso de Dios y guardaba los santos mandamientos. La mayor parte de sus caudales y rentas las distribuia entre viudas, huérfanas y mendigos, socorriéndolos á todos con mucho amor y caridad. Hospedaba en su casa á todos los peregrinos que por aquella ciudad pasaban, á los que regalaba y agasajaba con singular cuidado y diligencia, con lo que se estendió tanto la fama de su mucha caridad, que muy pocos dias estaba su casa sin huérfanos, pobres y peregrinos; con estos trataba Amaro largamente de sus peregrinaciones, á qué iban ó de dónde venian, y á todos preguntaba con mucho cuidado si sabian ó habian oido decir hácia qué parte estaba el Paraiso Terrenal; á cuya pregunta ninguno le satisfizo, porque todos lo ignoraban.

Era Amaro, como se ha dicho, varon de muy santa vida y muy dado á la penitencia y oracion, en la cual incesantemente pedia á Dios le concediese la gracia de ver el Paraiso Terrenal antes de morir. Oyó Dios sus ruegos, y una noche estando arrobado en oracion, oyó una voz que le dijo: «Amaro, deja tu casa, vete al puerto, éntrate en una nave, déjala ir por donde la Providencia Divina la lleve, y verás lo que deseas.» Vuelto en sí Amaro, en-

terado de lo que la voz le prevenia, con muchas lágrimas y humildes afectos, dijo: Padre, Señor y Criador mio, mil gracias os doy por el singular favor que os habeis dignado hacer á una vil criatura como yo; concededme, Señor, vea lo que tanto deseo, si es para honra y gloria vuestra.

Al dia siguiente dió principio Amaro á repartir entre los pobres y desvalidos todos sus caudales, reservando para sí solamente lo que le pareció suficiente para emprender su navegacion, y al tercero dia saltó de su casa acompañado de dos criados y cuatro amigos, todos de muy ejemplar vida, á los que habiéndoles contado su determinacion se conformaron en acompañarle; y habiendo llegado al puerto mas inmediato, compró Amaro una buena embarcacion, la cual mandó abastecer de todo lo necesario, y hecho que fué, se entraron en ella, soltando las velas, sin mas rumbo que el que el viento le daba. Navegaron veinte dias con sus noches, al cabo de los cuales descubrieron una isla llamada la Desierta, por tener una sola poblacion en mas de ciento cincuenta leguas de circunferencia. Era esta isla muy hermosa y abundantísima de sabrosas frutas, en la cual habia muchos y muy feroces animales. Los pocos hombres que la habitaban eran feos de rostro y muy crueles, y las mujeres hermosas y no tan mal intencionadas. Saltaron en tierra con el motivo de tomar algunos víveres, y aquella noche estando Amaro y sus compañeros sentados en el ribal del mar, oyeron una voz que les dijo: «Amaro, sal de esta tierra que Dios maldijo por los muchos pecados que en ella se cometen.» Luego que Amaro oyó la voz, sin esperar á tomar la provision que necesitaba, se entró con sus compañeros en la embarcacion, y soltando las velas siguieron por donde el viento los llevaba. Al dia siguiente pasaron el mar Rojo, por donde guió Dios á los de Israel cuando el rey Faraon y sus tropas les perseguian. Cinco dias navegaron sin ver mas que cielo y agua, y á media noche se hallaron cerca de tierra, la cual apenas divisaban por ser la noche muy oscura; pero habiendo amanecido descubrieron una hermosa y vistosa isla, á la cual se llegaron y saltando en tierra se informaron que aquella isla era llamada Fuen-Clara, la cual estaba poblada de muchas gentes de buenos sentimientos y muy caritativas, con cuya noticia pasaron adelante y fueron bien recibidos por sus moradores, los cuales les dieron cuantos víveres necesitaban sin recibir por ello dinero alguno. Era esta tierra la mas hermosa y fértil que entendimiento humano puede imaginar, y sus moradores no padecian

enfermedad alguna; vivian todos mas de ciento cincuenta años, y aun con estas edades estaban sanos y robustos.

Ocho dias estuvieron en aquella isla, y hubieran estado más á no haberse llegado á Amaro una santa mujer que le dijo: «Amaro, yo sé muy bien á qué fin se dirige tu navegacion, y tambien sé que si te detienes mas, cuando quieras salir no te han de seguir tus compañeros, aficionados á la hermosura, abundancia y deleites de esta tierra, por lo que te aconsejo no te detengas más.»

CAPITULO II.

Sale el santo de la isla de Fuen-Clara siguiendo su navegacion: dirigese incautamente á los mares helados, de donde no hubiera salido si milagrosamente no le hubiera favorecido el cielo.

Atento estuvo Amaro á lo que aquella santa mujer le dijo, y tomando su consejo, al dia siguiente se dieron á la vela, y navegaron mucho tiempo sin saber hácia dónde iban, ni en qué clima se hallaban, esperimentando unos frios muy intensos, con cuyo motivo ya desmayaban en el ánimo los compañeros de Amaro; mas este con entera confianza en su Dios y Señor les esforzaba, exhortándolos á que tuvieran confianza en Dios y esperaran en su divina misericordia los sacaria á puerto seguro. En estas aflicciones estaban los compañeros del buen Amaro, cuando una mañana al romper el dia repararon que á poco más de media legua estaban seis embarcaciones paradas, las que parecia estar todas ancladas por el poco movimiento que tenian. Alegres con este descubrimiento, y pensando que aquellas embarcaciones estaban cerca de tierra, enderezaron hácia ellas, y hallándose como á dos tiros de fusil antes de llegar, notaron que su embarcacion andaba poco ó nada, no obstante de ser el viento fuerte; miraron al agua y notaron que toda estaba cuajada, y que cuanto más se acercaban á las naves mas trabada y helada estaba el agua, y queriendo volver atrás, no les fué posible, pues habiéndose cerrado los hielos que la embarcacion habia cortado, se quedaron sin movimiento lo mismo que las otras seis naves.

Mucha fué la tribulacion que en este conflicto padeció nuestro buen Amaro y sus compañeros viéndose encallados en el mar helado, del cual era imposible librarse sin el auxilio espiritual del cielo, y mas cuando notaron que en aquellas seis naves entraban

muchas fieras marinas tan corpulentas como caballos, y sacaban los cuerpos de los hombres que al parecer habian perecido de hambre, sobre cuya carne reñian y peleaban furiosamente las unas con las otras.

Mucho fué el espanto que al buen Amaro y sus compañeros les infundió la vista de aquellas fieras, pues esperaban de un instante á otro hicieran con ellos lo mismo; y así entregados al llanto, clamaban á Dios con el íntimo de sus corazones les librara de tan grande peligro. Todo aquel dia pasaron á vista de aquellos fieros animales, gimiendo y suspirando, sin dejar un solo instante de pedir á Dios Nuestro Señor y á su Santísima Madre, los socorriera en tan grave necesidad, á cuyas súplicas y rogativas concurria nuestro buen Amaro, con tanto fervor que, cuando sus compañeros ya sin fuerzas desmayaban, les animaba de tal forma que volvian de nuevo á clamar y pedir á Dios. Llegada que fué la noche, ya rendidos de las muchas angustias, arrecidos de frio y cansados de llorar y lamentarse, se quedaron dormidos. Solo el buen Amaro velaba, y puesto de rodillas, con el íntimo de su corazon, decia: «Gloriosísima Vírgen María, Madre de misericordia, consuelo de afiijidos, esperanza de pecadores, y sobre todo, Madre de Dios, vuelve, Señora, á nosotros esos tus ojos llenos de piedad; y por las angustias que pasaste al pié de la Cruz, dígnate, Señora mia, ayudarnos para que podamos salir de tan miserable estado.» Estas y otras súplicas estaba haciendo el buen Amaro á la Reina de los Angeles, cuando le sorprendió una suave armonía de concertados instrumentos y sonoras voces, un olor tan suave y un resplandor mas claro que el mismo sol, con el cual vió una hermosísima matrona vestida con ropaje tan resplandeciente que deslumbraba la vista, á la cual servian y rodeaban muchas hermosísimas doncellas con ropa de color purpúreo y preciosísimas coronas de flores en la cabeza. Absorto quedó el buen Amaro con esta vision, y mas cuando oyó que aquella hermosísima matrona, le dijo: «Amaro, ten fé y no desmayes, que yo te diré cómo has de salir de aquí. Esos pellejos que traes en la embarcacion con agua y demás víveres, hínchalos de aire, átalos á la embarcacion y suéltalos sobre el mar.»

Desapareció la vision, dejando tan consolado al buen Amaro, que al punto despertó á sus compañeros, y desocupando todos los pellejos que en la embarcacion traian con agua, aceite, vino y vinagre, los llenaron de aire, y atándolos muy bien á la embarcacion los arrojaron al mar; no bien habian caido los pellejos en

el, cuando las fieras marinas entendiendo eran cuerpos de hombres, se arrojaron á ellos, y fué tanto lo que tiraron para llevárselos, que sacaron la nave del mar helado á aguas vivas. Viéndose ya fuera del peligro, cortaron las cuerdas de los pellejos y cada fiera se llevó el suyo. Entonces contó el bienaventurado Amaro á sus compañeros lo que habia visto, y cómo aquella Señora le habia dicho lo que debia hacer; por todo lo cual dieron infinitas gracias á Dios y á su Santísima Madre; por cuya intercesion habian salido de tan gran peligro.

CAPITULO III.

Llega el santo á la isla Solitaria, donde encuentra un monge, el cual de dió las viandas que le hacian falta y le dijo el rumbo que debia de tomar.

Alegres y gustosos soltaron las velas á la embarcacion, y navegaron tres dias con sus noches, al cabo de los cuales descubrieron una isla de un aspecto muy sombrío, á la que, sin embargo, se llegaron, y no se determinaron á saltar á tierra por las muchas fieras que en ella se veian; pero cuando la necesidad del agua que habian vaciado de los pellejos les afligia, bordearon la isla por ver si divisaban alguna poblacion para socorrer su necesidad, y descubrieron á un lado de ella una abadía murada con una cerca muy alta. Llegáronse á ella lo mas que pudieron, y sin saltar en tierra temiendo á los animales que habian visto, dieron tantas voces que saliendo á una ventana un monje les preguntó qué se les ofrecia. El buen Amaro le respondió que una poca de agua por el amor de Dios; y el monje, compadecido, baja á la puerta, y le dijo á Amaro que saltara á tierra y se fuera á la abadía; hízolo así Amaro dejando á sus compañeros en la embarcacion; cuando estuvo con el monje, le dijo este: hermano, en esta tierra, llamada isla Solitaria, no encontrarás mas gente que los pocos monjes que encierra esta abadía, pues aunque tenia muchos moradores, todos han muerto en las garras de las inumerables fieras que hay en ella y nosotros hubiéramos ya perecido si no nos guardara la muralla tan fuerte que cerca el edificio. Aquí vivimos trece monjes, y solo nos mantenemos con las frutas que en este pais abundan, las cuales vamos á recoger montados en dromerarios, á los cuales no embisten las otras fieras porque les

temen, y pues ya se viene la noche será acertado nos entremos en la abadía, donde te quedarás esta noche, y en amaneciendo cargaremos en un dromerario el agua y otras viandas y las llevaremos á la embarcacion.

Amaro dijo á los suyos se quedaba con el monje aquella noche, y se entraron en la abadía, en la cual fué muy bien recibido de los otros monjes, y se alegraron mucho de verle, por hacer muchos años que no habian visto otro hombre en aquella isla. Diéronle de cenar unas frutas muy gustosas, y despues se recogieron. Luego que amaneció se despidió Amaro de todos los monjes, pidiéndoles encarecidamente le encomendaran á Dios, y acompañado del monje cargaron de agua y algunas frutas, y se fueron á la embarcacion, en la que metieron cuanto llevaban; le señaló la direccion que debian de tomar, y despedidos con mucho amor, tendieron las velas al viento.

CAPITULO IV.

Llega el santo á una isla en la que habitaba un venerable anciano llamado Leonita, con el que contrajo amistad é hicieron mucha penitencia.

Seis dias navegaron, sin que les sucediera cosa que de contar sea, pero al sétimo descubieron una hermosa isla con muchas y vistosas arboledas y en ellas muchas frutas; fuéronse arrimando y notaron que á la falda de un monte habia un gran monasterio cuyos monjes vestian hábitos blancos. El buen Amaro dijo á los suyos: quedaos en la embarcacion que yo saldré á reconocer qué tierra es esta y qué gente la habitan; y saltando en la playa reparó que al pié de un frondoso árbol estaba sentado un venerable monje muy anciano, con la barba y cabello blanco; el cual luego que vió á Amaro se levantó, y viniéndose á él le dijo: seas bien venido, bienaventurado Amaro, muchos dias hace que con ánsia esperaba tu llegada; ya sé tu designio, á qué fin se dirige tu navegacion y los peligros en que te has visto; y abrazándole estrechamente, con muchas lágrimas, le pedia le diera su bendicion.

Cuando el buen Amaro oyó que aquel venerable monje, en tierras tan remotas, le llamaba por su nombre, y le decia cuanto le habia pasado y hasta lo que tenia en su interior, conoció era varon justo, y arrojándose á sus piés le pidió tambien su bendicion;

el monje se escusaba pidiéndosela á Amaro, y estando en esta contienda reparó Amaro que venian hácia ellos, de la montaña, seis feroces leones: amedrentóse Amaro al verlos, y el monje le dijo: no tengas cuidado, varon de Dios, que esos otros leones vienen todos los dias á humillarse y yo les bendigo, por lo cual he adquirido el sobrenombre de Leonita. Llegaron los leones donde estaban los dos, y postrados en la tierra con la cabeza inclinada, esperaban la bendicion. Leonita le dijo á Amaro que los acariciara, y habiéndolo hecho se fueron los leones tan mansos como corderos. Leonita mandó proveer la embarcacion de todo lo necesario y detuvo al bienaventurado Amaro en su monasterio un mes, en cuyo tiempo hizo muchas y grandes penitencias, y despues confesó con Leonita y recibió el Viático.

Pasado dicho tiempo, dijo Leonita al venerable Amaro: ya es tiempo, querido hermano, que te vuelvas á tu embarcacion y sigas el rumbo de tu navegacion para lograr el fin á que Dios Nuestro Señor te dirije. El bendito Amaro besó la mano á Leonita, y este á Amaro, y con muchos abrazos, suspiros y lágrimas, se despidió el uno del otro. Tan desconsolado quedó Leonita con la ausencia de su querido Amaro, que le duró esta amargura hasta la muerte.

CAPITULO V.

Habiendo llegado el santo al término de su navegacion, desembarcó hallando dos ermitaños que le dieron las noticias que él deseaba, por lo que se despidió de sus compañeros con muchas lágrimas.

Tendieron las velas al viento, y guiadas por la mano de Dios, al cabo de ocho dias abordaron á una hermosa ribera, la cual era de tan admirable vista y temperamento tan afable, que ni el calor se sentia ni el frio molestaba. Allí se arrimó la embarcacion.

Desembarcaron y el bienaventurado Amaro empezó á caminar solo por el valle adelante, y ya empezando á anochecer divisó una pequeña ermita, á la cual se llegó, y halló en ella dos ermitaños que hacian grandes penitencias, los cuales recibieron á Amaro con mucho amor y caridad, y despues de haberle lavado los pies, le dieron de cenar y cuanto necesitaba. Diez dias estuvo el buen Amaro con aquellos buenos ermitaños, en cuyo tiempo hizo con ellos muy grandes penitencias y oraciones, en las

cuales no dejaba de pedir á Dios Nuestro Señor por sus amados compañeros. Pasados diez dias, les preguntó Amaro, que si ellos sabrian hácia qué parte de aquella tierra estaba el Paraiso Terrenal; los ermitaños le respondieron que habian oido decir estaba por aquella tierra, y que le guardaban y circundaban cuatro rios innavegables y muy altas y escarpadas sierras, tan fragosas, que nunca las pisaban plantas humanas; cuyas noticias habian oido decir á una anciana y santa mujer, llamada Baralides, que era correctora ó prelada de un monasterio de santas mujeres, que estaba allí cercano como á dos millas de aquel sitio, la cual podria informarle del paraje donde estaba el Paraiso, por haberlo ella visto.

Con esta noticia se despidió el bendito Amaro de sus queridos hermanos los ermitaños, y volvió á donde habia dejado sus compañeros y con muchas lágrimas, les dijo: oh queridos hermanos mios, mucho siento el dejaros, pero es voluntad de Dios que yo penetre solo en estos valles, y como no sé hasta dónde llegan, ni el tiempo que gastaré en andarlos, no os puedo decir cuándo nos volveremos á ver, por lo cual yo os doy esa embarcacion con todo cuanto en ella viene, para que podais usarla á vuestra voluntad.

Muy desconsolados quedaron los compañeros cuando supieron que ya se les separaba aquel varon justo, y viendo que no tenia remedio le rogaron encarecidamente les echara su bendicion. El bienaventurado San Amaro les ofreció rogar á Dios por ellos, y abrazándolos tiernamente á todos les bendijo, y vertiendo muchas lágrimas, se entró por el valle, quedando sus compañeros tan aflijidos como se deja comprender, y resolvieron al fin fijar su asiento en aquel país.

El buen Amaro tomó luego el camino que iba al monasterio, con designio de hablar con Baralides, la cual sabedora de su venida, le salió al camino una milla antes de su monasterio, y así que le vió, le dijo: bendito sea el Señor que me ha dejado verte. Desde que diste principio á tu navegacion te estoy esperando. Sé lo que te pasó en aquella isla desierta cuando te dijo aquella voz que salieras de ella por estar maldita de Dios. Lo que te sucedió en la isla de Fuen-Clara cuando te dijo aquella santa mujer te ausentaras, antes que aficionados tus compañeros á las delicias del país, no te quisieran seguir. Lo que te sucedió con el monje de la isla Solitaria. La afliccion del mar helado y la vision que tuviste. Lo que te pasó con el bienaventurado Leonita, que ya está gozando de Dios. Y últimamente, sé lo que te ha sucedido con

los dos ermitaños que te han dirigido por este camino. Tampoco se me oculta á qué fin se dirije tu viaje; en vista de lo cual, nada tienes que decirme.

CAPITULO VI.

Baralides lleva el santo á su monasterio, donde le tuvo quince dias, al cabo de los cuales le mostró el camino que debia tomar, y se despidieron con muchas lágrimas.

Admirado quedó el bendito Amaro cuando oyó á Baralides referirle cuantos acontecimientos le habian pasado, y conociendo su grande virtud y santidad, se postró á sus pies pidiéndola su favor y amparo. Baralides le levantó, y en santas conversaciones se fueron al monasterio, en el cual habia diez y ocho santas mujeres de muy penitente vida, todas las cuales salieran á recibir al bendito Amaro, y con mucha reverencia le acompañaron hasta la iglesia, donde hizo muy devota oracion y despues le llevaron á la hospedería que Baralides le tenia prevenida. Al dia siguiente le dijo esta al siervo de Dios Amaro, que en aquel monasterio tenia una sobrina que apetecia con ánsia tomar el hábito, y que ella queria tener el gusto de que él se lo vistiera. El siervo de Dios dijo que lo haria de buena gana, y así lo ejecutó; cuya monja llamada Brígida, con el tiempo fué tan penitente que murió en el concepto de santa.

Quince dias estuvo el bendito Amaro en aquel monasterio empleado en santas y austeras penitencias, que edificaba á todas aquellas religiosas, no obstante sus ásperas vidas. Pasado dicho tiempo, le dijo un dia Balarides al bendito Amaro: querido hermano, ya es tiempo que cojas el fruto de tus trabajos y logres ver lo que tanto deseas; mañana en saliendo el sol te mostraré el camino que has de tomar, para lo cual conviene te prepares esta noche, en la que yo tambien te encomendaré á Dios.

Muchas gracias le dió el siervo de Dios por la gustosa noticia que le habia dado, y separándose Amaro de Baralides, se fué á su retrete, en el cual pasó aquella noche mortificando su cuerpo con muy fuerte disciplina, pidiendo á Dios tiernamente le concediera la gracia de ver lo que tanto deseaba

Llegada la mañana, mandó Baralides á sus compañeras besaran la mano al siervo de Dios y se despidieran de él, pues no le volverian á ver. Todas lo hicieron como su superiora lo habia

mandado, y despues de haberlas echado el siervo de Dios la bendicion, salió del monasterio con Baralides, la cual siguió por un frondose valle, y pasado este, llegaron á una alta y áspera sierra, la que pasaron con algun trabajo; luego descubrieron un caudaloso rio, cuyas riberas estaban tan pobladas de hermosísimos y frondosos árboles, que eran impenetrables. Aquí se paró Baralides y le dijo á su querido Amaro: hermano mio, ocho años hace que, hallándome paseando por este sitio, me embosqué en lo áspero de la ribera de este rio, y sin saber por dónde iba me hallé en lo alto de un monte, desde el cual ví, aunque de lejos, lo que juzgué seria el Paraiso Terrenal, cuya hermosura y brillantez, ni yo te puedo decir, ni habrá lengua humana que lo pueda esplicar; cuya vision, á mi parecer, me duraria como dos minutos; pues levantándose una niebla muy espesa, me quitó de la vista aquella tan deleitable y hermosa vision, cuya niebla creció con tanta abundancia, que apenas veia yo la tierra que pisaba; con cuyo motivo me volví, aunque con dificultad, por donde habia ido, y en breve tiempo me hallé donde ahora estamos.

Muchas diligencias he hecho por volver á descubrir aquel camino, y todas han sido en vano, pues ni aun los árboles que ví la primera vez que lo anduve, he podido alcanzar á ver despues; de lo que infiero que no es voluntad de Dios que lo vuelva á ver, y así quédate en paz, pues de aquí adelante solo la mano de Dios te podrá guiar.

CAPITULO VII.

Siguiendo el santo su camino llegó al Paraiso, en que vió cosas maravillosas y pasándose doscientos años se volvió al puerto donde habia dejado á sus compañeros, en el cual murió.

Con muchas lágrimas se despidió la buena Baralides del bendito Amaro, y este siguió su camino por lo espeso de la ribera del rio, y á poco trecho se halló al pie de una alta sierra, por la cual subió con grande trabajo, y llegado que fué á la cima, descubrió á lo lejos una estensa y hermosísima mansion ó alcázar cercado de altísimas torres y una fuerte muralla que cercaba todo, el cual despedia de sí tantos reflejos y brillantez, que sus rayos deslumbraban la vista. Absorto se quedó Amaro al ver tanta hermosura, y llevado de su deseo, se fué acercando al hermoso palacio, y descubrió que de su interior salian cuatro caudalosos rios, y que

sus murallas, torres y almenas, eran compuestas de piedras preciosísimas de diversos colores, mas brillantes que diamantes, rubíes y topacios. Siguió el siervo de Dios hasta llegar á la cerca de este suntuoso alcázar, en la cual vió una hermosísima puerta y en ella un gallardo mancebo, que con espada en la mano guardaba la entrada. Llegóse el bendito Amaro á dicha puerta, y con mucha mansedumbre le dijo al que la guardaba: por el amor de Dios te suplico me digas qué palacio es este, pues aunque he visto muchos de reyes y emperadores con admirables fábricas, todos juntos no componen ni una sombra de este. A lo cual respondió el interrogado: este que ves, con todo el territorio que le circunda es el Paraiso Terrenal, en el cual puso Dios á Adan. Cuando el bendito Amaro oyó decir que aquel era el Paraiso Terrenal, se postró en tierra, y con muchas lágrimas y muy ardientes afectos de lo íntimo de su corazon, dió infinitas gracias á Dios por el singular beneficio que Su Majestad le habia concedido, y lleno de gozo y de alegría le preguntó al guardian si podria entrar en él, á lo cual le respondió que no; pero que desde allí le mostraria mucho de lo que habia dentro; y así le fué esplicando los nombres y frutas de aquellos hermosísimos árboles, y entre ellos le mostró aquel de donde comió Adan la manzana. Mostróle un hermoso coro de preciosísimas doncellas con coronas de varias flores, vestidas de telas blancas tan brillantes como el sol, á las cuales seguian otras con ramos y palmas en las manos, cantando y tañendo varios instrumentos, tan dulcemente, que arrobaban los sentimientos con su armoniosa música. A otro lado se descubrian otros coros con ropas carmesíes y coronadas de diversas flores. Todos estos serafines en forma de doncellas servian con mucho amor y reverencia á una hermosísima señora que escedia á todas en hermosura y resplandor, á la cual todas la hincaban la rodilla, é iban alternativamente poniendo á sus piés los ramos y coronas que llevaban.

Tan obsorto estaba el bendito Amaro viendo tan celestiales prodigios, oyendo tan dulces y concertadas músicas, y recibiendo tan fragantes olores, que embelesado y sin acordarse de lo que el mancebo le habia dicho, se iba á entrar, pero este le detuvo diciendo: en este sitio no puede entrar criatura humana; yá te he mostrado lo que desde donde estás puedes ver, que es todo cuanto puedo hacer por tí, y cree que al sitio que estás han llegado muy pocos, y ninguno ha estado en él tanto tiempo como tú, pues hace hoy doscientos años que llegaste á él, por lo que

ya debes retirarte. Despidióse Amaro del mancebo con tanta admiracion y alegría como se dejará entender, considerando el mucho tiempo que habia estado gozando de las delicias del Paraiso y pasmado de lo breve que se le habia pasado, pues á su modo de pensar le parecia sola una hora lo que habia sido doscientos años.

Volvióse el bienaventurado Amaro por el camino que habia llevado, al puerto donde habian quedado sus compañeros, y halló en aquel sitio una hermosa ciudad que ellos habian fundado y se habia ido poblando en los doscientos años que habia gastado en contemplar el Paraiso Terrenal. Admirado se quedó el santo de la novedad, y aun mas los moradores de ella, cuando vieron á Amaro, tanto por lo estraño de los vestidos, cuanto por el buen modo y compostura de su persona: y llevados de la curiosidad ó novedad, le rogaron encarecidamente les dijera de qué nacion era, y con qué motivo habia ido por aquellos paises. El Santo Amaro, con mucha naturalidad y mansedumbre, les dijo: caros y amados hermanos mios, yo me partí de este puerto poco tiempo hace (segun á mí me parece), en él dejé una embarcacion y algunos compañeros que conmigo venian; cuando me marché de aquí, apenas habia en este sitio cuatro ó seis casas, y como ahora hallo una tan hermosa ciudad, me admiro que en tan poco tiempo se halla fabricado tal poblacion.

Atentos los de la ciudad á las razones del santo, le preguntaron por su nombre, y habiéndoles dicho que se llamaba Amaro, al punto se arrojaron á sus piés; pues de los fundadores de la ciudad, compañeros del santo, venia por tradicion de unos en otros cómo se habia partido de aquel puerto este venerable santo para el Paraiso Terrenal, con cuyo motivo vinieron á su presencia los principales de la ciudad, y se hizo notorio este caso, dando á entender á todos como este venerable varon era el compañero y director de los fundadores de aquella ciudad, y como milagrosamente habia vivido hasta aquel tiempo. Todos le tuvieron en grande estima y veneracion. Para que viviera retirado del bullicio de la ciudad, le edificaron, á una milla de distancia, un célebre monasterio dedicado á la Sagrada Vírgen María, en el cual vivió el santo pocos años, en cuyo tiempo hizo mucha penitencia y admirables milagros; y habiendo dejado dispuesto, que á su muerte fuera su cuerpo sepultado en dicho monasterio, donde se veneraba, teniéndole en opinion de santo.

VIDA Y MARTIRIO
DE LA
GLORIOSA VÍRGEN SANTA LUCÍA.

La gloriosa Santa Lucía fué natural de la ciudad de Siracusa, en Sicilia, de muy esclarecido linaje y mediana hacienda. Noticiosa esta santa de los maravillosos milagros que Dios obraba por la intercesion de Santa Agata, fué á visitar su sepulcro con su madre Eutiquia, á causa de padecer esta por espacio de doce años muy grandes flujos de sangre, para los que no pudo hallar alivio en la medicina. Llegadas al sepulcro de Santa Agata, con mucha veneracion y confianza hicieron oracion, en la cual Santa Lucía se quedó traspuesta de un éxtasis, y en el se le apareció Santa Agata rodeada de celestiales resplandores, y la dijo: «Lucía, ¿por qué me pides á mí la salud de tu madre, pudiéndosela tú dar? Pero sabe que tu madre esta ya sana; guarda tu virginidad, reparte tu patrimonio á los pobres, y prevente para el martirio que Dios Nuestro Señor, por su infinita voluntad, te tiene prevenido.»

Vuelta en sí Santa Lucía, la dijo á su madre: Madre mia, ya estás sana por la intercesion de la bienaventurada Santa Agata; por la que te pido rendidamente no me trates nunca de casamiento, pues mientras viva he de guardar castidad; y tambien te suplico que el patrimonio que á mí me corresponda me lo entregues, porque quiero darlo á los pobres, en reverencia de la sagrada pasion y muerte de Nuestro Salvador, y en honra de la bienaventurada Santa Agata.

La madre, reconocida al singular favor que por intercesion de la santa habia recibido, la otorgó á su hija lo que la pidió: y habiendo llegado á su casa la entregó aun mas de lo que legítimamente la correspondia. Todo lo cual fué repartiendo Santa Lucía á los pobres, llegando á tal extremo la ardiente caridad de la santa, que de las ropas que tenia puestas dió las interiores.

A esta sazon el padre de la santa, que era gentil, se hallaba ausente de su casa; pero habiendo venido, y sabiendo el mucho dispendido que de su hacienda habia hecho su hija, colérico y enojado se fué al juez y le dijo que su hija Lucía era cristiana y seguia la fé de Jesucristo, con abandono y desprecio de sus dio-

ses. El juez, indignado, mandó llamar á la santa vírgen, y con mucha severidad la dijo: dí, ¿es cierto, vil mujer, que sigues la fé de Jesucristo y abandonas nuestros verdaderos dioses? A lo cual respondió la santa: tan cierto es, que por ella y por mi virginidad perderé la vida sin que tú ni otro alguno pueda separarme del firme propósito en que estoy, y por ser esta la pura y verdadera ley, y la tuya y tus dioses mentirosos y falso. Sí tú, ciego á la luz de las verdades católicas, sigues intrépido la senda de tu perdicion, yo, atesorándolas en mi pecho con las antorchas de la fé, esperanza y caridad, sigo el camino de la salvacion: en vista de lo cual, haz de mí lo que quieras, pues de la ley que sigo, no puedes, aunque quieras, apartarme.

Airado el juez con las palabras de la santa vírgen, determinó quitarla la vida, pero antes mandó (por darla mayor tormento) que la llevaran al lugar de las mujeres públicas, y que en él la quitaran con violencia la virginidad que tanto apreciaba. No permitió el cielo que el malvado juez lograra este depravado intento; pues no hubo fuerzas que bastaran á poderla mover de aquel sitio. Confuso el juez, la dijo: dime, mujer diabólica, ¿de qué encantos ó hechicerías te vales para no poderte mover de este sitio? A lo que respondió la santa: estos no son encantos ni maleficios, sí beneficios de Nuestro Señor Jesucristo.

Mas indignado el juez en ver frustrado su intento, y que cada instante estaba la santa mas firme en la ley que profesaba, llevado de una infernal furia, por no oirla hablar, mandó á un verdugo que le sacara los ojos y con una espada la atravesara la garganta. Hízolo el verdugo como el juez lo mandó; mas no por esto dejó la santa de alabar y bendecir á su Criador, como si estuviera sana; y volviendo la cara á los que con el juez estaban, les dijo: ya llegó la paz y quietud de la Iglesia, por haber muerto en este instante el emperador Maximiano, y Diocleciano arrojado del imperio; y hablando con el juez, le dijo: tú, apercíbete para la muerte, pues en breve la has de padecer; y así sucedió, pues de órden del Senado fué preso el juez y llevado á Roma, donde en breves horas le dieron ignominiosamente muerte por ser del partido de Diocleciano.

La bienaventurada Santa Lucía no se movió del sitio donde estaba, hasta que conducida por los dignos sacerdotes á una iglesia la administraron el Viático, y recibido, voló su alma santa á gozar de las delicias eternas.

FIN.